



FICHA 2. FUNDAMENTO ECLESIOLOGICO DE LA UNCIÓN DE ENFERMOS

Punto de partida: la Iglesia, con el hombre y con Dios, busca la salud integral

Toda persona, en el transcurso de su existencia, busca estar sana, tener salud, para así poder llevar a cabo otras aspiraciones. En cualquier momento se anhela esa salud más plena (que también incluye la 'salud espiritual'), bien cuando todo está perfectamente sano, bien cuando se vive la situación de enfermedad. Dios acompaña a todo hombre en esa búsqueda de la salud integral, también en la enfermedad, cuando la criatura experimenta más sus límites y mira entonces a su Creador.

Esta cercanía de Dios se hizo carne en la persona de Jesucristo, que gastó su vida curando enfermos y enseñando, y que experimentó en la cruz el límite de la muerte, que afecta a todo hombre, para abrirla, desde la Resurrección, a la comunión eterna con Dios.

Jesucristo vive para siempre, y la Iglesia, enviada al mundo para visibilizar esta presencia, continúa, a través de los apóstoles y los discípulos, este ministerio de Jesucristo con los enfermos, buscando esa salud integral, que atañe a toda la persona. Así pues, el Sacramento de la Unción halla aquí su fundamento eclesiológico, pero está claro que este punto de partida es válido también para toda la Pastoral de la Salud, la actuación de la Iglesia en torno al mundo de la salud y la enfermedad.

Como Jesucristo con los enfermos

Sabemos que la Iglesia es la continuadora de la obra y de la misión de Cristo en el mundo. Ha recibido el Espíritu de Cristo (Jn 20, 19-23, en Pentecostés: Hch 2) para poder llevarlo a cabo, y por tanto, está capacitada para continuar la obra y el ministerio de Jesús con los enfermos. Ya en la primera misión a la que Jesucristo envía a los discípulos, antes de su Pascua, los vemos predicando la conversión, expulsando a los demonios, y ungiendo con aceite a enfermos a los que curaban (cf. Mc 6, 12). Una vez que han pasado un tiempo con Jesús ya pueden empezar a tener, por su cuenta, esa experiencia de extender el Reino de Dios que Jesús nos trae, pues van a invitar a la conversión y al arrepentimiento, van a librar de la opresión del Maligno, y van a curar a los enfermos. Es interesante darse cuenta de que la curación de los enfermos, como ocurre con Jesús, está en relación con la conversión y el rechazo del mal. Los discípulos pueden ser enviados con esta misión, pues ya tienen experiencia de cómo Jesús actúa

con los enfermos, los acoge, y busca para ellos la salud del alma y del cuerpo (cf. Mc 1, 21-2, 12; 3, 1-6; 5, etc.)

Jesucristo, tras su Resurrección, envía al mundo a los discípulos a proclamar la Buena Nueva y habla de unos signos que acompañarán a los que creen y extienden el Reino por toda la creación: entre ellos, el que impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien (cf. Mc 16, 15-18).

Por tanto, la actuación de Jesucristo con los enfermos, y la misión evangelizadora, que también se dirige a ellos, constituyen la base donde se apoya la Pastoral de la Salud de la Iglesia y el Sacramento de la Unción. También hoy la Iglesia, en nombre de Jesús, continúa enviando al mundo discípulos que se encargan de esta misión.

La Iglesia de Cristo, cercana a los enfermos

La gracia de la salvación y de la salud para con los enfermos, tiene ahora que ver con la Iglesia. Según todo lo dicho, la actuación de la Iglesia con los enfermos tiene que remitir a Cristo y actualizar su obra, realizarse bajo el aliento del Espíritu, atender a los enfermos concretos, y ser liberadora e integral (que busca la salud y la salvación plena). La Iglesia, en su transcurso histórico, ha continuado actuando de este modo, como vamos a ver.

Se puede hablar de una actuación ordinaria, cotidiana, común, y de otra quizás más extraordinaria, pero no menos auténtica. En esta extraordinaria, caben las curaciones, presentes tanto en la Iglesia apostólica (Hch 3, 1- 26; 8, 7; 9, 12.17), salvadas las diferencias, como en nuestros días. Puede resultar difícil discernir cuándo se dan, pero la intervención de Dios va más allá de lo racional y médicamente posible, manifestándose en lugares especiales y personas con carismas extraordinarios, o por la intercesión ante algunos santos. Lo que está claro es que la fe, que implica relación con Dios, puede acoger una curación extraordinaria.

La continuación ordinaria en la Iglesia del ministerio de Cristo con los enfermos abarca las acciones de aquellos que, desde la fe, se ocupan de la salud integral de los enfermos. La visita a los enfermos (cf. Mt 25, 36.45: estuve enfermo y vinisteis a verme), la atención a huérfanos y viudas (Hch 6, 1-2; St 1, 27) son ejemplo de estos carismas ordinarios de sanación, que sirven para edificar la comunidad. Muchas personas, en la Iglesia, han participado en esta atención a los enfermos; también caben aquí los que han dedicado su vida entera (consagrada, laica) a los que sufren en cuerpo y espíritu.

Y en este marco de actuación eclesial ordinaria, ahora en forma sacramental, se encuadra la Unción de los Enfermos. Está en continuidad, como hemos visto, con la acción de Jesucristo (Mc 6, 16; 16, 17) y de la Iglesia primitiva (St 5, 13-16). En este último texto encontramos una acción *sacramental*, en la que los *presbíteros*, a través de la oración y la unción con el óleo, piden que Dios intervenga para la salud y la salvación plena del enfermo. Cristo, que acogía, perdonaba y sanaba a los enfermos, se

hace ahora presente en este Sacramento, actuando como Salvador, Sanador, Perdonador.

Horizontes para una Pastoral de la Salud en la Iglesia

La Iglesia, **con Cristo y como Cristo**, se hace cauce de la gracia sanadora de Dios, pero tiene que concretarla en su actuación, en este caso, cuando se ocupa del mundo de la salud y de la enfermedad. Por tanto, hay que centrar la atención en algunos aspectos que tienen que ver con todo esto.

1.- La Iglesia se ocupa de los enfermos: la comunidad cristiana tiene que conocer esto, saber lo amplio de este campo de acción eclesial, y sentir la necesidad de implicarse en estas tareas (informar de personas enfermas y visitarlas, darles a conocer la cercanía de la Iglesia, orar y formarse para una mejor actuación). Es medicina de vida el que un enfermo sepa que su comunidad cristiana se preocupa por él. Esto es cosa de todo cristiano.

2.- La comunidad cristiana tiene que ocuparse de atender a los enfermos, designando a personas específicas que dedican parte de su tiempo a esta misión, bien en el pueblo, bien en el hospital, bien en residencias de ancianos. Se debe constituir un equipo que coordine agentes y tareas. Será expresión de servicio real hacia los pobres y necesitados.

3.- Importa mucho conocer personalmente al enfermo, su caso y circunstancias, pues sus vivencias pueden iluminar el caminar de la comunidad cristiana en su fe. Además, el trato personal con un enfermo también supone el contacto con su familia, ámbito al que también ha de llegar el Evangelio de la vida.

4.- En estos horizontes, el Sacramento de la Unción, con su fuerza y eficacia, es momento y signo en el que se expresa la acción de Dios y la intervención de la Iglesia para con el enfermo. Hay que hablar de celebración individual y comunitaria; en ésta, se reúne toda la comunidad eclesial, expresando su preocupación por los enfermos, para vivir un momento de gracia que repercute en todos.

Urge abrir los horizontes de la Pastoral eclesial de la Salud, para que todas las personas puedan participar de la gracia de salud y salvación que nos ofrece Cristo.

PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿De dónde le viene a la Iglesia la preocupación por los enfermos?
2. ¿Qué aprendemos de Jesucristo en su trato con los enfermos?
3. Los que trabajan con enfermos en la Parroquia ¿están suficientemente formados y preparados?